

Historia del Río de la Plata

TOMO I



Roberto P. Payró

PARTE SEGUNDA:

*El virreinato del Río de la Plata,
1776-1810*

**CAPÍTULO 5:
El virreinato**

Capítulo 5. **El nuevo Virreinato del Río de la Plata**

I. Reorientaciones políticas en España a raíz de la ascensión a la Corona de la Casa de Borbón

A la muerte de Felipe II las deudas de España se elevaban a 100 millones de ducados, pero la gravitación del endeudamiento no cesó: hubo nuevos quebrantos en 1607, 1627, 1647 y 1656, pues los gastos del Estado crecieron todavía más, no sólo a raíz de sucesivas inflaciones y de una creciente alza de precios, sino debido a la intervención de España en la Guerra de los Treinta Años, la prosecución del conflicto con Francia durante el decenio posterior al tratado de Westfalia, y las rebeliones en Cataluña, Andalucía, los Países Vascos, Portugal, Sicilia y Nápoles. Continuaron, pues, las guerras en que participó España en cumplimiento de la política de los Habsburgos, casi siempre enfrentada a Francia y sus aliados circunstanciales (en 1667-1668, 1672-1673 y 1689-1697), pero también desde 1641 hasta 1665 contra el Portugal, siempre apoyado por Inglaterra y, al principio, también por Francia. Entre el fracaso de la Armada Invencible en 1588 y la batalla de Rocroi en 1643, los ejércitos y el poderío naval de España habían sido duramente vulnerados.

Desde el decenio de 1640 la situación empeoró a causa de la disminución de las remesas de metales preciosos y de impuestos y tributos. Si entre 1621-1630 se extrayeron en América cantidades de oro y plata por valor de 126,8 millones de pesos, las cifras correspondientes a los siguientes decenios muestran un declive constante, de 122,7 millones en 1631-1640 a 52,5 millones en 1681-1690; esto repercutió en el valor de los metales importados por España, que disminuyó de unos 17 a apenas algo más de 3 millones de pesos entre 1650-1659 y 1690-1699. Pero hay que recordar que el oro y la plata provenientes de las

Indias sólo habían fomentado un espejismo de riqueza en la Corte española, pues las dos terceras partes habían ido a parar a manos de acreedores del extranjero y el resto se había esfumado en la compra de mercancías que España no estaba en condiciones de producir o se había perdido a raíz de actividades de contrabando. Por inconciencia, contra el progresivo quebrantamiento económico, que había desalentado el desarrollo industrial y paralizado el comercio, se había recurrido a una masa agobiadora de muy diversos impuestos, lo que provocó, entre otras reacciones, más emigración que en siglos anteriores. Un fuerte declive de la industria española obligó a la península a admitir muchas más mercancías extranjeras.

Durante todo el siglo XVII los herederos de Felipe II -en orden sucesivo, Felipe III (1598-1621), Felipe IV (1621-1665) y Carlos II (1665-1700)- persistieron por el rumbo tan perjudicial para España que ya habían escogido sus antecesores. Sucesivas bancarrotas desde la época de Carlos V -en 1557, 1560, 1575, 1579 y 1596-, que la Corona provocó más de una vez en perjuicio de sus acreedores, habían puesto a España al borde de la ruina. Las guerras, la falta de visión económica, el retroceso de la actividad productiva, los gastos que reclamaba el mantenimiento de la flota de Indias, las pérdidas de oro y plata provocadas por la acción de piratas y corsarios y de contrabandistas tanto de ultramar como de la propia España, las depreciaciones monetarias y la inflación fueron factores contributivos en esa decadencia.

Como temían que a la muerte de Carlos II se produjera un importante desequilibrio de fuerzas en Europa, Guillermo III de Inglaterra y Luis XIV convinieron en 1698 un primer plan de repartimiento en virtud del cual España y sus colonias pasarían a manos del príncipe elector de Baviera; como éste murió antes que Carlos II, fue necesario adoptar otro plan, conforme al cual su sucesor sería el archiduque Carlos de Austria, hijo del emperador

Leopoldo I. La diplomacia francesa optó sin embargo por persuadir a Carlos II de que testara en favor del duque de Anjou, nieto de Luis XIV, que subió al trono con el nombre de Felipe V (1700-1746).

De pronto, España dejó de lado a la dinastía de los Habsburgos para integrarse en la de los reyes borbónicos. Felipe V se vio envuelto de inmediato en la guerra de la Sucesión española, a raíz de la cual España fue invadida por ingleses, holandeses, alemanes y portugueses y tropezó con resistencias civiles en Cataluña, Aragón y Valencia. En virtud del tratado de Utrecht (1715), España perdió Gibraltar, Menorca, el Franco Condado, Flandes, Cerdeña, Milán, Nápoles y Sicilia, mientras que Inglaterra tomó posesión de parte del Canadá y pudo arrancar de España el tratado complementario en virtud del cual logró, como hemos visto, un papel preponderante en el tráfico negrero.

No había en España otra cosa que deterioro de la industria, la agricultura, la moneda, la tesorería, la administración y la autoridad real¹. Además, Inglaterra se había convertido en la principal potencia marítima, y España pronto estuvo comprometida en una nueva guerra a causa de su pretensión de conseguir tronos italianos para dos hijos de Felipe V, lo que provocó la alianza de Inglaterra, Francia y Holanda para evitarlo: Francia invadió el País Vasco y Cataluña y los ingleses cañonearon a Vigo y Pontevedra y amenazaron a Galicia y batieron a las fuerzas navales españolas en Pessaro. No obstante, España persistió por la misma vía, con la consecuencia de que tuvo

¹ John Lynch: *Spanish colonial administration, 1782-1810. The Intendant system in the Viceroyalty of the Río de la Plata* (Westport, Connecticut, Greenwood Press, reimprisión de 1969), pág. 1. Existe una edición en español, titulada *Administración colonial española, 1782-1810. El sistema de intendencias en el Virreinato del Río de la Plata*, traducida por Germán O. E. Zjarks, con revisión técnica del traductor y de Ricardo Caillet Bois (Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1962).

que enfrentarse a una nueva coalición, compuesta de Inglaterra, Francia, Prusia, Holanda, Suecia y Dinamarca.

Desprovista de recursos suficientes para actuar en demasiados frentes, España no había estado en condiciones de proteger sus posesiones coloniales contra invasiones e incursiones extranjeras, y esto había contribuido a su exclusión momentánea o permanente de varios territorios de América Central y las Antillas. Librados a sí mismos, asfixiados por el monopolio, sometidos al capricho de una clase gobernante no menos corrupta que la que había en España, los dominios americanos restantes estuvieron más dispuestos, como su abastecimiento dependía de la débil capacidad productiva y comercial de España y ésta no contaba de todos modos con suficientes navíos para asegurarlo, a hacer del contrabando su tabla de salvación, aprovechando para ello las oportunidades creadas por los emprendimientos mercantiles de holandeses, ingleses, portugueses y franceses.

Felipe V no había prestado hasta entonces suficiente atención a la rehabilitación de España, pese a todos los problemas acumulados allí, no sólo por efecto de las crisis financieras y económicas, sino también a causa de la desintegración política debida al excesivo poder de la nobleza y de la Iglesia, la agitación de regiones empeñadas en preservar sus fueros y el grado de autonomía de que gozaban pese a la constante presión por lograr la unidad del país, los grandes latifundios improductivos, la paralizante influencia de la Mesta, industrias en decadencia cuando no en pañales, y una administración caótica.

El rey decidió promover la industria, el comercio, la agricultura y la ganadería peninsulares y comenzó a centralizar la toma de decisiones en sus secretarías de despacho. Pero el fenómeno más decisivo fue la reconsideración de todas las orientaciones económicas anteriores. Esa fue la mayor contribución del despotismo ilustrado inaugurado por los Borbones.

Sustentado en las observaciones y opiniones de expertos extranjeros - sobre todo franceses e italianos - y de varias generaciones de ministros competentes, caracterizados por su intelecto y su apertura hacia nuevas teorías económicas, muchos de los rumbos que tomó el pensamiento oficial en lo que se refiere a América española demostraron que lo que más quiso la Corona fue mejorar la administración de las colonias para defenderlas con más cuidado y lograr una recaudación fiscal mucho mayor; fue consideración secundaria garantizar el progreso socioeconómico colonial, por lo menos en América austral, siempre relegada a segundo o tercer plano. Sin embargo, bajo Felipe V el marqués de la Ensenada llegó a proponer, en contradicción con la orientación oficial, que se prohibiera traer a España los tesoros de Indias: pensaba que debían invertirse en América, pues de esa manera sería más fácil coartar el expansionismo comercial y territorial extranjero².

En 1743, el ministro Campillo comparó «nuestras Indias con las colonias extranjeras», aseverando que «Martinica y Barbada dan más beneficio a sus dueños que todas las islas, provincias, reinos e imperios de la América a España» y que «nuestros americanos [hallaron] tantas ventajas en tratar con los extranjeros que, aunque gastase el Rey en resguardo todo cuanto producen las Indias, jamás se lograría excluir los géneros extranjeros si no se dispone que los de España se den, poco más o menos, al mismo precio...» Por eso propugnó un *Nuevo sistema de gobierno para la América*: liberalización del comercio colonial, fomento de la economía americana, reforma del sistema administrativo, reparto de tierras baldías a los indios, una colonización basada en la recuperación de los predios no utilizados de los latifundios, y concesión de mejoras a los

² Citado por Emilio Ravignani , *op. cit.*, pág. 50.

habitantes³. En muchos aspectos, el proyecto económico de Bernardo Ward, difundido en 1762, es decir antes de que se publicara el de Campillo, recogió las mismas ideas.

Esos objetivos, todos loables a primera vista, respondían sin embargo al designio de que las colonias se consagraran a la producción de materias primas muy valoradas en los mercados europeos (pero que serían negociadas en la península) o necesarias para el consumo metropolitano, y se abastecieran ampliamente en España de bienes manufacturados. De esa manera se pensaban reconstituir muchos activos perdidos. Sin embargo, como las economías coloniales no tenían perspectivas homogéneas, porque producían riquezas de distinto valor e interés para España, siempre más interesada en recibir metales preciosos que otros productos, la concentración del nuevo esfuerzo peninsular en Filipinas o todo el territorio americano desde el golfo de México hasta el Perú, podía perjudicar a las comarcas más desfavorecidas y, entre ellas, la región del Plata.

Por otra parte, la "libertad de comercio" se entendía sobre todo como una relación más fluida entre la metrópolis y su periferia en ultramar, más favorable a aquélla que a ésta, pero no como una verdadera apertura internacional, que indudablemente era lo que más precisaban las gobernaciones del Paraguay y el Río de la Plata. En otras palabras, se pretendía que las mercancías extranjeras sólo pudiesen ingresar en América por conducto de intermediarios españoles; así se pensó terminar con el contrabando, sin comprender que éste proseguiría mientras no fuese auténticamente libre el comercio con cualquier país. Se quería, ante todo, que América fuera el punto de "desemboque para la producción

³ Según los extractos de esa obra atribuida a Campillo, reproducidos por Guillermo Céspedes del Castillo en *Textos y documentos de la América hispánica (1492-1898)*, vol. XIII de la *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara (Barcelona, Editorial Labor, 1988), págs. 314-317.

metropolitana, industrial y agrícola”⁴.

Que eran necesarias mejoras importantes en beneficio de criollos e indios, dejaron constancia Jorge Juan y Antonio de Ulloa en las *Noticias secretas de América* que fueron compilando y redactando entre 1735 y 1745 en el curso de un viaje de inspección por Panamá, Colombia, Ecuador, Perú y Chile: aportaron muchos datos sobre riquezas inexplotadas y posibilidades productivas, y denuncias acerca de cómo se organizaban el contrabando y el comercio ilícito y las consecuencias que tenían sobre el tesoro público, así como sobre las insuficiencias del armamento y las defensas navales, en tierra como en el mar, pero también descargaron sus iras en contra de las expoliaciones de que eran objeto los indios por corregidores mal pagados y ávidos de enriquecerse gracias a los “repartimientos”⁵. Acabar con la corrupción administrativa y los abusos de poder y mejorar la organización y la eficacia militares pasaron a ser consignas oficiales bienvenidas, pero de alcances limitados, tanto más cuanto que la venalidad había llegado a ser un vicio muy arraigado entre los poderosos y no era común recompensar el mérito, sino más bien repartir puestos entre favoritos y gente del mismo clan.

Diversos ministros y asesores de los reyes borbónicos comprendieron que había que actuar en varios frentes para que el progreso americano no redundara en perjuicio del desenvolvimiento de la economía española, que exigía el rápido crecimiento de la industria y el comercio peninsulares. Sin embargo, en vistas de que tampoco

⁴ Tulio Halperin Donghi: *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, volumen 3 de la *Historia de América Latina*, dirigida por Nicolás Sánchez-Albornoz (Madrid, Alianza Editorial, 1985), pág. 31.

⁵ Luis J. Ramos Gómez: *Las "Noticias secretas de América". de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1735-1745)*, tomo II: *Edición crítica del texto original* (Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1985).

convenía ahogar el resurgimiento americano no bastaba con que la liberalización económica fuese beneficiosa para el comercio y la industria dentro de España, sino que tenía que ofrecer algunos incentivos a los productores y comerciantes de América con objeto de contribuir a un mayor intercambio del centro con la periferia.

Uno de los mejores medios para alcanzar este objetivo era terminar con el predominio de Cádiz como puerto de entrada y salida obligatoria de productos peninsulares y coloniales, para lo cual habría que habilitar nuevos puertos y fuentes de abastecimiento con el fin de quebrar el monopolio ejercido desde allí, y suprimir trámites y tarifas aduaneros particularmente onerosos y engorrosos, reemplazándolos por disposiciones de más sencilla aplicación y tasas uniformes. De esta manera, se podrían crear nuevos polos de crecimiento en España a la vez que se contribuía al desarrollo de las colonias: dada la situación económica en España era más importante lograr lo primero que lo segundo.

A raíz de la concentración y coordinación de funciones a nivel ministerial, el Consejo de Indias y la Casa de Contratación fueron perdiendo mucha de su antigua influencia sobre la política colonial. Comenzó a dismantelarse el sistema de abastecimiento basado en la flota de Indias y a alentarse la organización de transportes marítimos regulares por otros medios menos complicados, más frecuentes y con itinerarios más variables. Paulatinamente, se revisaron los derechos aduaneros con objeto de liberar a muchas mercancías producidas en América de la multiplicidad de aforos que pesaban sobre ellas.

De todos modos, amenazada en toda la zona del Caribe y del Golfo de México y atacada repetidamente por el lado del Pacífico, España había descuidado sus defensas en el Atlántico sur. Desde fines del siglo XVII cada vez fueron más las razones que obligaban a remediar las carencias de

que se habían aprovechado portugueses, franceses, ingleses, holandeses y otros. En efecto, después de un siglo de operaciones piratescas centradas en América Central, las Antillas y las costas del Pacífico, los piratas, corsarios, marinos de guerra y mercaderes ingleses y franceses volvían a interesarse en América austral. No se hablaba de anexión de cualquier parte del territorio continental, pero ese peligro era real en lo que toca a la Banda Oriental y a las islas Malvinas, como se verá oportunamente.

Una junta encabezada por el marqués de Llamas examinó en 1763 las causas de la decadencia del comercio colonial, concentrando sus críticas en el monopolio ejercido desde Cádiz, el sistema de convoyes marítimos destinados a puertos privilegiados, los aforos sobre el volumen y no el valor de las mercaderías, con los que se favorecían ciertos tipos de intercambio comercial en perjuicio de otros, el decaimiento de la industria textil española debido al desarrollo de las plantaciones y manufacturas americanas, la gravitación excesiva de las restricciones y gravámenes impuestos a la importación de oro, plata y otros productos americanos como factor contributivo de la extensión del contrabando, y la escasez de esclavos debida al alto costo de su introducción por compañías y navíos extranjeros, que había que remediar mediante la intervención directa de España en ese tráfico.

A todas estas razones obedecen los cambios decididos por Carlos III (1759-1788), quien gracias a las medidas adoptadas por su predecesor Fernando VI (1746-1759) y a la prosperidad que logró éste, pudo contar con una base suficiente para proseguir e intensificar las reformas económicas.

Dos innovaciones fueron de especial importancia para el Río de la Plata: la creación de un virreinato independiente a expensas del de Perú y la institución del sistema de intendencias.

II. El Virreinato del Río de la Plata

Artífice de la voluntad de Carlos III de garantizar la seguridad de su imperio (a pesar de haberse embarcado con ligereza en la guerra de los Siete Años), José de Gálvez, ministro de Indias y visitador general de Nueva España, fue quien ideó el plan para afianzar los puertos del río de la Plata como bastión defensivo contra toda amenaza de infiltración extranjera y convertir a Buenos Aires en una base comercial de primera jerarquía.

La necesidad de afianzar la defensa de las colonias meridionales provocó el desmembramiento del virreinato del Perú y aceleró la creación del nuevo virreinato del Río de la Plata y el nombramiento de Cevallos en calidad de primer virrey, lo que fue decidido en 1776. Ya antes de cambiar su puesto de gobernador militar por el de virrey, Cevallos había llegado a la conclusión de que una mejor defensa del Plata debía ir acompañada de un mayor desarrollo económico. Por eso dictó el auto de libre internación, gracias al cual fomentó a partir de Buenos Aires el comercio en todo el territorio. Una vez nombrado virrey, siguió insistiendo ante Gálvez que el Río de la Plata era el único bastión español en Sudamérica y que había que velar por su prosperidad, pues como lo dijo con palabras proféticas «era el único punto por cuya vía se podría retener a Sudamérica o dejar que se perdiera»⁶.

Aunque la jurisdicción del nuevo virreinato quedó claramente establecida recién en 1784, en términos generales sus fronteras septentrionales iban desde la región del lago Titicaca en el Alto Perú hasta la región de Mojos y Chiquitos, prolongándose por el Chaco y el Paraguay hasta alcanzar los lindes de las antiguas misiones

⁶ Lynch, *op. cit.*, pág. 43.

jesuíticas con Río Grande del Sur. Hacia el sur, los límites territoriales incorporaban cuantas tierras colonizadas o en manos ajenas había entre el flanco oriental de los Andes y el océano Atlántico: todo el noroeste, el centro, el litoral y la Banda Oriental y todo lo que, con notables excepciones, todavía era dominio de los indios hasta el estrecho de Magallanes en los confines meridionales de la Patagonia y las islas Malvinas.

Eran tremendas las distancias que separaban a las principales ciudades: Buenos Aires quedaba a 140 leguas de Córdoba, 240 de Santiago del Estero, 318 de Salta, 374 de Santiago de Chile, 403 de Asunción del Paraguay, 536 de Potosí y 1.000 de Lima. En cada jurisdicción, la topografía peculiar de cada región y la carencia de buenos caminos dificultaba las comunicaciones entre cada capital de provincia y las ciudades o pueblos satélites. Los cabildos locales se quejaban de la subordinación económica que sufrían frente a las ciudades principales, pero no les molestaba quedar al margen de su influencia política y preservar una parte de autonomía.

III. Las Intendencias

Gálvez había propuesto que se redujera la jurisdicción de los virreinos existentes para que pudiese mejorar el gobierno de cada uno, pero también propició la habilitación en América de intendencias parecidas a las que ya existían en España, desde 1718, y en Francia, encabezadas por hombres probos, competentes y bien remunerados a quienes no pudiera acusárseles de corrupción o cohecho⁷. Con tales descentralizaciones institucionales, destinadas a dar mayor agilidad a la gestión gubernamental y, sobre todo, a mejorar la recaudación y su control, impulsar el desarrollo económico y las obras públicas, y permitir una acción más rápida y coherente en caso de conflictos internos o externos, confiaba en que sería posible limitar las facultades de los virreyes, como efectivamente se decidió.

El nuevo sistema se inauguró en 1782 en el Río de la Plata. Se crearon nueve intendencias. De norte a sur, éstas fueron las siguientes: 1) Puno; 2) La Paz; 3) Cochabamba; 4) Charcas; 5) Potosí; 6) Salta (con jurisdicción sobre Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca); 7) Córdoba (abarcaba las provincias de Córdoba, San Luis, La Rioja, Mendoza y San Juan, separadas las dos últimas de la capitánía general de Chile); 8) Paraguay, y 9) Buenos Aires (abarcaba los territorios de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes)., En el puerto de Buenos Aires estaba no sólo la sede del virreinato, sino también de la Intendencia General (las otras limitaban sus funciones a las de administración de sus respectivas jurisdicciones), del Tribunal Mayor y Oficina Real de Cuentas creado en 1767 para supervisar la labor de numerosas subtesorerías provinciales encargadas

⁷ Según extractos reproducidos por Guillermo Céspedes del Castillo, *op. cit.*, págs. 303-307.

de la recaudación fiscal, de la aduana central organizada en 1778, y de la Real Audiencia instituida en 1783.

Las cuatro gobernaciones militares, directamente subordinadas al virrey, pero dependientes financieramente de los intendentes de Buenos Aires, Asunción y Charcas, eran las de Mojos, Chiquitos, Montevideo y Misiones (menos trece de sus treinta pueblos, que se integraron en la intendencia del Paraguay).

Mapa 8. Intendencia del Paraguay



Cabe señalar que el Paraguay, que antes había dependido teóricamente de las autoridades limeñas y la Audiencia de Charcas, gracias a lo cual se había aislado crecientemente de Buenos Aires, que le había arrebatado

en 1617 su papel de ciudad principal de la colonia rioplatense y el control de la navegación fluvial y marítima, iba a quedar sometido al virrey porteño y, por motivos de orden militar, iba a verse envuelto en la lucha para preservar la integridad territorial del Virreinato (gracias a sus milicias, pues carecía de guarniciones peninsulares), pese a sus reivindicaciones autonomistas, y en las posteriores tratativas para fijar los límites de éste con el Brasil. Obsérvese también que la Banda Oriental (Montevideo) no gozaba de autonomía, a pesar de ser el más grande puerto fortificado del río de la Plata, sede de una guarnición naval importante, apostadero de aguas más profundas que las de Buenos Aires, y centro no menos importante que la capital del virreinato en todo lo que se refiere tanto a las importaciones y exportaciones lícitas como a las clandestinas. Esto iba a causar mucha rivalidad y grandes resquemores entre las colectividades portuarias de ambas bandas.

Como si esto no fuera poco, la creación de una serie de órganos independientes conforme al nuevo régimen de intendentes, encargados de muchas funciones fiscales, militares, administrativas y judiciales en distintos puntos del territorio, dio lugar a muchas fricciones y entredichos con sucesivos virreyes, las audiencias, los cabildos y las autoridades religiosas y no resolvió el problema de la creciente fragilidad del erario público (a veces debido a una contabilidad defectuosa o a malversaciones cometidas por funcionarios subalternos) frente a las exigencias de la reforma administrativa y las necesidades de la defensa.

El virrey Vértiz, por ejemplo, objetó desde un principio el que se le retiraran sus poderes financieros y económicos para encomendárselos a un funcionario de menor jerarquía, el superintendente; recién en 1803 se decidió restituir a la cabeza del virreinato las facultades de superintendente de finanzas y para aclarar todavía mejor cuál era la línea

jerárquica se determinó que los intendentes sólo obraban dentro de las jurisdicciones provinciales.

Pero hasta ese momento algunos intendentes dieron prueba de gran intransigencia y dedicaron mucho tiempo y energía a recriminar a los virreyes y pleitear con ellos por asuntos de jurisdicción - así ocurrió con Francisco de Paula Sanz (intendente de Buenos Aires entre 1783 y 1788) en oposición al virrey Loreto -, o mantuvieron serias controversias con la Iglesia y las audiencias por la manera en que ejercieron en nombre del rey las funciones del patronato, aplicadas al nombramiento no sólo de dignatarios religiosos sino también de catedráticos universitarios.

IV. Población del Virreinato

Aunque en 1720 el Gobierno español se sintió obligado a prohibir toda emigración con destino a las Indias, pues a pesar de la pobreza de más de un cuarto de la población peninsular había que contener el éxodo para poder impulsar una nueva era de diversificación y crecimiento económicos, en el siglo XVIII aumentó algo la inmigración peninsular, pero el incremento de la población rioplatense se debió sobre todo a las migraciones internas y al ritmo de crecimiento de las familias criollas y mestizas, más que al aporte de nuevos contingentes de emigrantes españoles. La economía del siglo XVIII no creó mucho empleo para los grupos sociales más desfavorecidos. Como era escasa la mano de obra en muchos puntos, provocó migraciones internas, sobre todo de santiagueños, puntanos, cordobeses y guaraníes de las antiguas misiones jesuíticas hacia zonas en expansión, especialmente en Buenos Aires y el litoral.

Al parecer, en todo el siglo XVIII sólo llegaron a América 53.000 españoles⁸; todo indica que al Río de la Plata vinieron más militares, burócratas, hombres de empresa y comerciantes que labradores y artesanos, y todas estas categorías en menor proporción que en otras partes, pero en todo caso esa inmigración coincidió, en especial, con la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776.

Hacia 1810 la población total del Virreinato del Río de la Plata excedía un millón de habitantes asentados sobre un territorio de cinco millones de kilómetros cuadrados, del que ocupaban una fracción muy inferior a la mitad.

Los españoles venidos de la península eran francamente minoritarios, pues eran mucho más numerosos los descendientes criollos de antiguos colonos blancos, no siempre de pura sangre, los indios y negros y los mestizos y mulatos. Los territorios más poblados, con mucha población indígena y mestiza, eran los del Alto Perú.

Recuérdese, a título ilustrativo, que en toda la provincia de Potosí había unos 217.000 habitantes y en la de Santa Cruz de la Sierra unos 180.000 habitantes, de los cuales sólo 20 por ciento eran españoles; en Cochabamba, la antigua Oropesa, vivían más de 6.300 españoles y 14.400 mestizos, negros, mulatos e indios, y otros 4.000 y 6.300, respectivamente en la segunda ciudad en orden de importancia -Santa Cruz de la Sierra, llamada San Lorenzo de la Barranca en el momento de su fundación-. En lo que respecta al Paraguay, Azara cifraba su población en 94.295

⁸ Hernández Sánchez Barba llegó a la conclusión de que a fines del siglo XVIII vivían en América española unos 153.000 nativos de la península y casi 2.925.000 criollos, de modo que estos últimos representaban el 95 por ciento de la población ni indígena ni africana. La gran mayoría de los españoles que migraron a América durante ese siglo fueron a Nueva España, Perú y Nueva Granada. La repartición porcentual de esos inmigrantes parece haber sido la siguiente: criados (30 por ciento); cargadores y otros trabajadores manuales (23 por ciento); familiares de los emigrantes (13 por ciento); mercaderes (13 por ciento); funcionarios y eclesiásticos (8 por ciento cada uno); personas sin actividades definidas (1,6 por ciento), y artesanos (1,6 por ciento). Citado por Jorge Basadre: *El azar en la historia y sus límites* (Lima, Ediciones P. L. V., 1973), págs. 77 y 81-82.

personas en 1785 y señalaba que predominaban los españoles americanos, es decir los criollos, a menudo mestizos (52.303)⁹.

El resto del Virreinato no tenía mucho más que 600.000 habitantes.

Estaban concentrados principalmente en las jurisdicciones de Buenos Aires (algo más de 70.000)¹⁰, Córdoba (51.800)¹¹, Santiago del Estero (33.000), Tucumán (23.654), Catamarca (21.910), Jujuy (18.189), Salta (13.528) y La Rioja (13.293). Mendoza, San Juan y San Luis tenían menos de 11.500 habitantes cada una. Según ciertas fuentes, en el Litoral vivían unas 100.000 personas; es probable que esa cifra abarque toda la población de la Banda Oriental (30.000 habitantes) y buena parte de los habitantes de la franja costera hacia Buenos Aires y más allá. (Un cálculo incompleto, limitado a ciertas áreas de Santa Fe y Entre Ríos, atribuye 16.000 habitantes a una y 11.700 a la otra; Corrientes y Misiones sobrepasaban los 50.000 habitantes, pero probablemente ese cálculo incluye a los pueblos guaraníes de las antiguas misiones jesuíticas, o sea 23.258 almas en 1802¹².) En el Chaco, la Pampa y la Patagonia vivían unos 190.000 indios no sometidos.

Las tres cuartas partes de la población blanca, mestiza y mulata de tanto territorio vivía fuera de las ciudades, cuanto más en poblados pequeños, pero sobre todo

⁹ Félix de Azara: *Descripción general del Paraguay*. Edición de Andrés Galera Gómez (Madrid, Alianza Editorial, 1990), págs. 174-175.

¹⁰ Según la estimación elaborada por Félix de Azara en 1797.

¹¹ Estimación del obispo Moscoso en 1801. Doce años más tarde, el censo provincial registró 72-043 habitantes.

¹² Todas las cifras no atribuidas a otras fuentes provienen de Ernesto J. A. Maeder: *Evolución demográfica argentina desde 1810 a 1869* (Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1969) y Dora E. Celton: "La población. Desarrollo y características demográficas", en Academia Nacional de la Historia: *Nueva historia de la Nación Argentina*, tomo 4: *La configuración de la República independiente (1810-c1914)* (Buenos Aires, Planeta, 2000), págs. 45-75.

dispersa en la campaña, porque sus ocupaciones y su modo de vida eran predominantemente rurales. Las principales ciudades eran Buenos Aires (40.000 habitantes)¹³, Córdoba (11.500), Montevideo (10.000, sin contar la guarnición naval y militar), Catamarca (5.971), Salta (5.093), Jujuy (4.460), Santa Fe (4.000) y Tucumán (3.640).

A pesar de que el Virreinato del Río de la Plata se instituyó con la intención, entre otros objetivos, de crear un país bien articulado, ni la descentralización administrativa lograda mediante el sistema de intendencias ni la hegemonía pretendida por Buenos Aires contribuyeron a gestar una mayor homogeneidad social. Cada ciudad-provincia, cada intendencia, cada gobernación tuvo su propia élite, con características derivadas de las influencias, intereses, tradiciones y composición social y étnica locales, y entre esas élites surgieron conflictos o connivencias sustentados sea por aspiraciones y necesidades regionales o por la identificación con los objetivos de una u otra de las minorías porteñas favorables al comercio libre o a la subordinación respecto de España.

Si bien puede hablarse de un progreso, sobre todo en el orden fiscal, generado por el nuevo sistema de gobierno virreinal, apoyado en la acción de los intendentes, y por la reforma mercantil, puede decirse que la conjunción de ambos produjo un doble efecto contraproducente: por un lado, la superposición de un nuevo estrato burocrático contribuyó a debilitar el papel de los cabildos – siempre celosos de su fuero y de sus prerrogativas – y, por otro, se estableció en la colonia una nueva élite comercial que tenía con gente poderosa de la metrópoli y de otros países lazos más estrechos que sus antecesores.

¹³ Apenas 12.623 habitantes menos que Lima, capital del Virreinato del Perú, en 1792 (según la cifra dada por el virrey acerca de la población incluida en los recintos urbanos), y 10.000 más que Santiago de Chile. En Potosí había 30.000 personas a fines del siglo XVIII (habían sido 150.000 en la época de su apogeo).

La multiplicación de nuevas instituciones y estratos de poder a raíz de la creación del Virreinato hizo que se incorporaran a la clase gobernante muchos funcionarios designados en España. No puede haber duda de que muchos recién venidos eran gente bien inspirada y competente y que otros lo fueron en menor grado, acaso porque no estaban preparados para ejercer funciones directivas, asumieron actitudes altaneras o desearon desde un principio imponer sus criterios moldeados en la metrópoli sin esforzarse por comprender el nuevo medio en que iban a actuar.

Tampoco es impropio pensar que porque venían de España o de otros virreinos se creían culturalmente superiores a la gran mayoría de los antiguos residentes rioplatenses y se aislaban de la gente común, con la que de todos modos el contacto debió ser muy superficial. "Hacerse la América", como otros indios de épocas anteriores, puede haber sido el objetivo perseguido por algunos, quizá porque pronto vieron cómo actuaban los hombres de negocios y cuánto se podía ganar imitando sus procedimientos. Por codearse con otros funcionarios y con mercaderes y terratenientes y frecuentar ámbitos pretendidamente aristocráticos, pero esencialmente burgueses, cimentaron relaciones privilegiadas con la casta superior. Puede comprenderse que esos funcionarios recién venidos no siempre fueron bien acogidos por los antiguos residentes peninsulares, muy celosos del grado de figuración que habían logrado, ni con más razón por los ciudadanos nativos, que seguían sintiéndose postergados, sobre todo cuando aquéllos se perdían «con delicia en los laberintos de precedencias, ubicaciones preferentes en procesiones y memorias, derecho a usar trajes ornados» y conflictos sobre cuestiones de protocolo y jerarquía¹⁴.

¹⁴ Halperin Donghi: *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla* (Buenos Aires-Madrid, Siglo Veintiuno, 1994), pág. 67.

En una sociedad colonial tan estratificada, esas tendencias contribuyeron a que se agudizaran las desavenencias entre distintos grupos de residentes peninsulares y las frustraciones de los elementos progresistas, tanto criollos como españoles. La clase comercial nunca había tenido gran cohesión. A raíz de las reformas económicas, comenzaron a aparecer facciones con perfiles bien definidos: el grupo monopolista europeo, impermeable al cambio; un grupo más abierto a las nuevas ideas, pero deseoso de que se mantuvieran las situaciones de monopolio, aunque en provecho de Buenos Aires y no de Cádiz, y un grupo partidario de ampliar y diversificar la producción y las exportaciones y de liberalizar el comercio, aunque tal apertura fuera gradual y facilitase las relaciones comerciales sólo con otras colonias españolas y algunos países neutrales o amigos.

No se prestó suficiente atención a la admonición del ministro Aranda, quien comentando el primer proyecto de creación de intendencias preparado por Gálvez, había sido uno de los primeros en darse cuenta del problema que se avecinaba: entonces opinó que en toda reorganización burocrática debería darse cabida a los criollos, indios y sus descendientes; esto sería más equitativo que seguir eligiendo «malos sujetos» provenientes de España para los empleos públicos y el ejército, con la consecuencia, entre otras, de que las colonias fueran «depósito de los más díscolos»; concluía que «sobre masa tan indispueta, si no se purifica, no puede menos de viciarse cualquier establecimiento, por bueno que sea».

Cuadro 3. Orden cronológico de las fundaciones, por regiones, desde principios del siglo XVIII hasta comienzos del siglo XIX

<p>NOROESTE, CENTRO Y CUYO</p> <hr/> <p>Cruz del Eje (1735) Fortín San José del Bebedero (1778) Fortines Saladillo, San Fernando y Concepción del Río Cuarto (c. 1780) Fuerte San Juan Nepomuceno (1781) Fuerte de Aguanda (1786) La Carlota (1786, 1792) Concepción del Río Cuarto (1796) San Rafael del Diamante (1786, 1805) Fortín San Lorenzo del Chañar (1786) Villa del Rosario (1786) San Agustín de Jáuregui del Valle Fértil (1793) Nuestra Señora del Carmen (Deán Funes) (1793) La Carolina (c. 1794) San Carlos (c. 1794) Corocorto (c. 1794) Nueva Orán (1794) Melo (Merlo) (1797)</p>	<p>LITORAL (Paraguay, Misiones, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe)</p> <hr/> <p>Guauguay (c. 1784) Concepción del Uruguay (1783) Guauguaychú (1783)</p>	<p>BUENOS AIRES Y CERCANIAS</p> <hr/> <p>Areco (1728) Pergamino (1730) Magdalena (1730) Misión de Concepción (1740) Misión de Nuestra Señora del Pilar (1746) Misión de Nuestra Señora de los Desamparados (1746) San Nicolás (1748) Puerto Soledad (Malvinas) (1765) Pilar (1774) Rojas (1777) Melincué (1777) Cañuelas (1778) Carmen de Patagones (1778) Chascomús (1779) Mercedes (1779) Ranchos (General Paz) (1781) Floridablanca (Puerto San Julián) (1781) Arrecifes (1786)</p>	<p>BANDA ORIENTAL</p> <hr/> <p>Montevideo (1726)</p> <p>Salto (1752) San Carlos (1762)</p> <p>Paysandú (1772) Canelones (1774) Florida (1779) Mercedes (Colón) (1781) Santa Lucía (1781) San José (1783) Minas (1783) Pando (1787) Rocha (1793) Melo (1795) Belén (1801) San Gabriel de Batoví (1801)</p>
--	---	---	--

V. Las fronteras del Virreinato¹⁵

La frontera del noroeste, sumamente desguarnecida y expuesta, no sólo a los levantamientos de los chiriguano y los ataques de los guaycurúes, sino a una invasión portuguesa, comenzaba en la región de Mojos y Chiquitos, donde las misiones trataban de apaciguar y sedentarizar a otras tribus chaqueñas, sin otros apoyos que los que podían brindar las escasas y distantes tropas acantonadas en Santa Cruz de la Sierra o Cochabamba, en caso de que pudieran alertarlas a tiempo los destacamentos móviles o fijos que vigilaban el río Itanes. En cambio, en Salta y Jujuy había toda una cadena de fortines que se extendía de sur a norte y hacia el nordeste¹⁶; en el último tramo de la línea fronteriza, separados entre sí por algunos de los fortines mencionados, estaban los fuertes principales, es decir los de Ledesma y Santa Barbara.

Santiago del Estero no tenía mejor defensa que la del fuerte de Tacopunco. Toda la costa del río Bermejo estaba

¹⁵ Basado en Roberto H. Marfany: "Fronteras con los indios en el sud y fundación de pueblos", en el tomo IV de la *Historia de la Nación Argentina*, *op. cit.*; Cushner, *op. cit.*, págs. 4-5 y 82, y Mariluz Urquijo, *op. cit.*. Sobre los gastos militares, véase Lyman L. Johnson: "The military as catalyst of change in late colonial Buenos Aires", en Mark D. Szuchman y Jonathan C. Brown (publicado bajo la dirección de): *Revolution and Restoration: The rearrangement of power in Argentina, 1776-1860* (Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1994), págs. 31-34, y en especial el cuadro 2.2, basado en John J. TePaske y Herbert S. Klein: *The royal treasuries of the Spanish Empire in America*, vol. 3: *Chile and the Río de la Plata* (Durham, North Carolina, Duke University Press, 1982).

¹⁶ San José de Vilelas, Nuestra Señora del Pilar, San Luis de Pitos, Balbuena, San Esteban de Miraflores, San Fernando del Río del Valle, San Felipe, San Bernardo de Pizarro, Río Negro y Centa. Cabe recordar que el Chaco fue cayendo en manos de blancos con más rapidez que la pampa, a pesar de la belicosidad de los indios de esas comarcas. En realidad, la expansión hacia el Chaco provino de varios puntos: Salta y Jujuy; Tucumán, Santiago del Estero y Santa Fe y una de sus características fue la presencia de reducciones jesuíticas. Véase Barsky y Gelman, *op. cit.*, págs. 71-72.

prácticamente sin colonizar, pues allí sólo existían a fines del siglo XVIII las reducciones de San Bernardo y de Santiago, que nucleaban a grupos de indios tobas y mocovíes, respectivamente, dado que nunca tuvo apoyo oficial el proyecto de Manuel Victoriano de León, empresario pudiente y buen conocedor del Chaco, de costear la construcción de treinta fuertes de palo a pique y una villa poblada por cien familias sobre la ribera austral, a cambio de la concesión por diez años de toda la sisa salteña, la introducción de 1.000 negros y la libre comercialización de cueros y frutos.

Sobre el río Paraguay, era temida la presencia de los fuertes portugueses de Nueva Coimbra y Miranda Albuquerque, creados en violación de los tratados de San Ildefonso, a pesar de que, presuntamente, su principal función era impedir la fuga de esclavos y la salida clandestina del oro de Cuyabá. Con objeto de defender la población de Curupaití, las milicias paraguayas se apoderaron de las posiciones portuguesas sobre el río Igatimí (1777) y, para contrarrestar el efecto de aquellas fortificaciones, los españoles habían creado sobre el río Apa los fuertes de Borbón (1793) y San Carlos, pero si bien subsistió la amenaza de infiltraciones portuguesas el mayor peligro para los poblados y villas del Paraguay fueron los desmanes cometidos por indios payaguás, guaycurúes y tupíes y las acometidas de los indios chaqueños. Cabe recordar, también, que, a raíz de la expulsión de los jesuitas en 1767¹⁷, las reducciones que habían estado a su

¹⁷ Los propietarios y productores paraguayos situados al oeste de las reducciones jesuíticas, predominantemente en torno a Asunción, habían combatido con tremenda envidia, combatividad y afán de competencia el papel descollante que desempeñaban los jesuitas que desde sus 30 reducciones con hasta 150,000 indios productores de tabaco y yerba mate actuaban como si constituyeran una entidad política y económica autárquica, desvinculada de las autoridades coloniales y el resto de la sociedad paraguaya. Además de reivindicar el derecho a competir con los jesuitas en la producción y el comercio y la obligación impositiva, quizás sus mayores agravios eran sentirse soslayados y, peor aún, privados de la mano de obra indígena resguardada en las misiones. En 1720 había estallado la

cargo, no sólo seguían peligrando debido a la presión de invasores portugueses, sino que habían sufrido pérdidas considerables a causa del desmoronamiento de su próspera economía, la incuria de los nuevos administradores y una seria disminución de la población indígena sedentaria¹⁸.

En Corrientes, no había más control que el que podían imponer los fuertes de Goya y El Rubio sobre el Paraná, que de poco servían contra los bandidos que atentaban contra vidas y haciendas en todo el litoral y no vacilaban en atacar centros poblados como La Bajada, Concepción del Uruguay y Corondá. Apenas unas leguas al norte de Santa Fe, comenzaba la línea defensiva creada desde esa ciudad¹⁹.

En los lindes con lo desconocido y temible a causa de la presencia de indios aguerridos y nómades, dispuestos a arrasarse poblaciones y sacar botín, se fue estableciendo lentamente, gracias a los esfuerzos de las propias poblaciones y de los gobernadores del Tucumán, el Paraguay y el Tucumán en el siglo XVII, y con más acierto recién en pleno siglo XVIII, sobre todo mientras el intendente Sobremonte se ocupó de la defensa de las provincias del centro y de Cuyo y el virrey Vértiz hizo lo mismo en la gobernación de Buenos Aires, una línea de fortines de frontera que sólo con el tiempo atrajeron colonos dispuestos a sacar partido de los bosques o del ganado salvaje y, progresivamente, a trabajar la tierra.

Cruzando de oeste a este con un trazado sinuoso tendido desde el cerro Tupungato hasta el delta del Paraná, los

revolución comunera de oposición al "Estado jesuita"; iba a terminar cuando los colonos prósperos se percataron de que los campesinos pobres se estaban apoderando de tierras que consideraban suyas y tuvieron que recurrir a los indios de las reducciones para reprimirlos.

¹⁸ En la jurisdicción del Paraguay habían quedado las reducciones de San Estanislao, San Joaquín y Belén y los entonces llamados «pueblos» de Yutí, Caasapá, Ytapé, Yaguarón, Ytá, Ypané, Guarambaré, Tobatí, Atirá y Altos.

¹⁹ Comprendía los fuertes Almagro, Feliú, Soledad, Melo y Virreina (Sunchales).

principales fortines meridionales existentes hacia 1790 fueron los que dependían de la intendencia de Córdoba²⁰.

Seguían a esos fortines los establecidos en Santa Fe, por ejemplo los de India Muerta, Pavón y Melincué. En jurisdicción de Buenos Aires, pero limitados a la franja costera hasta la bahía de Samborombón, acercándose al río Salado, se hallaban los fortines y guardias que protegían las poblaciones, estancias y chacras bajo la influencia de Buenos Aires e impedían en todo lo posible que los malones pudieran apoderarse del ganado salvaje o alzado²¹.

Las reducciones fundadas entre 1740 y 1746 por los jesuitas en la provincia de Buenos Aires - Concepción de los Pampas, Nuestra Señora del Pilar y Nuestra Señora de los Desamparados - fueron avanzadas de pacificación que muy pocos años después tuvieron que afrontar, como San Miguel del Monte, Luján y Chascomús, malones dispuestos a impedir el avance de los hacendados.

En la Banda Oriental, Montevideo fue el principal bastión español contra incursiones marítimas extranjeras. Como había que precaverse de cualquier ataque dirigido contra el río de la Plata, a fines del siglo XVIII fue la plaza fuerte más poderosa de todo el virreinato, con el refuerzo de baterías en Maldonado y la isla Gorriti y una cadena de puestos militares que se extendían por la costa hasta el fortín de Santa Teresa. También se contaba con la

²⁰ En Mendoza, el de San Carlos, sobre el río Tunuyán, a la entrada del valle de Uco; al sudoeste y al sudeste de la ciudad de San Luis, los fortines de San José del Bebedero y San Lorenzo del Chañar, y en Córdoba, para asegurar la defensa de las estancias y pueblos situados al sur de los ríos Tercero y Saladillo, los fortines Santa Catalina, San Fernando (Sampacho), Concepción del Río Cuarto (precursor de la villa de Río Cuarto), San Bernardo, San Carlos, Sauce (cerca del cual se fundó a La Carlota), San Rafael de Lobos, Asunción de las Tunas y Loreto (Zapallar).

²¹ Mercedes, Rojas, Salto (trasladado más tarde a la laguna del Carpincho), Areco, Luján, Navarro, Lobos, Bragado, Manantiales de Casco, Monte, Zanjón (después Vitel), Ranchos, Magdalena y Chascomús.

presencia de dragones y blandengues en Minas, Solís Grande, Pando, Paso de la Arena, Santa Lucía y Colonia.

Por el norte de la Banda Oriental, donde más necesidad había de defenderse de las infiltraciones portuguesas y de los ataques de los charrúas - que había sido imposible expulsar lejos de las riberas del Uruguay y seguían hostilizando las antiguas misiones jesuíticas y las estancias orientales -, el cordón defensivo español, cuyo comando estaba en Cerro Largo, era más que insuficiente, pues apenas comprendía unos 400 soldados repartidos en las guardias de Santa Teresa, San Miguel, Arredondo, Melo, San Martín, Batoví, San Rafael, San José, San Antonio, Santa Rosa, Tacuarembó y Santa Tecla. Esto no era bastante para contener a los charrúas e impedir la progresión portuguesa hacia el sur, realizada mediante la emigración forzada de isleños de Madeira o de pobladores de Santa Catalina y la región de San Pablo, y la creación de pueblos, estancias y guardias fronterizas entre los ríos Piratiní y Yaguarón, tanto más cuanto que en todo el territorio los charrúas actuaban en connivencia con desertores españoles y portugueses, esclavos fugados del Brasil, guaraníes insumisos, contrabandistas, cuatrerros y changadores que robaban o vaqueaban ganado para venderlo del otro lado de la frágil frontera entre los dos imperios.

Recién en la época del virrey Avilés se tomó la decisión de colonizar las cabeceras de los ríos Arapey e Ibicuy, pero el asunto requirió tanto tiempo y esfuerzo que hacia marzo de 1801, cuando ya comenzaba una nueva invasión portuguesa, sólo se habían creado los nuevos pueblos de Belén y San Gabriel de Batoví. Durante esa nueva guerra, España volvió a perder la posesión de los siete pueblos misioneros heredados de los jesuitas, pues los portugueses se fueron apoderando de Arredondo, San Miguel, San Lorenzo, San Nicolás, San Juan, San Luis, Santo Angel y San Borja y hasta ocuparon a Cerro Largo.

Fue en esos años que Avilés pudo darse cuenta de cuánto necesitaba el apoyo militar del Paraguay a pesar de las persistentes desavenencias que lo oponían al gobernador-intendente Lázaro de Ribera a raíz de su trato de las poblaciones indígenas²², las necesidades de abastecimiento de tabaco para las demás provincias del Virreinato y las desobediencias de Ribera cuando éste trataba, sin su consentimiento, de desalojar tribus hostiles del Chaco. En septiembre de 1801, Ribera emprendió el ataque de Nueva Coimbra sin saber cuán fortificada estaba esa bastión portuguesa; su tentativa fue frustrada por tempestades imprevistas y al poco tiempo tuvo que regresar a Asunción para organizar el envío de milicias sobre el frente oriental donde era preciso auxiliar al gobernador de Misiones.

En resumen, el territorio bajo efectivo control español nunca correspondió al ámbito delimitado o pretendido por las distintas líneas de fronteras, que siguieron siendo muy vulnerables hasta la segunda mitad del siglo XIX. Los trabajos de las distintas comisiones de delimitación de los dominios tanto españoles como portugueses, así como las expediciones de exploración enviadas al Gran Chaco o a la Patagonia, tuvieron el mérito de despertar el interés por nuevas colonizaciones y de documentar la topografía y los recursos naturales disponibles. Los españoles asignaron cuantiosos fondos a los preparativos y guarniciones militares, pero cuando se produjeron las invasiones inglesas pudo comprobarse cuán frágiles eran las defensas terrestres y navales que tanto habían costado. (Los gastos militares por diversos conceptos representaron porcentajes

²² De manera más o menos encubierta, se había vuelto a imponer el sistema de encomiendas y servicios personales; se proveían géneros a los administradores, según conviniera a los gobernadores - pues "sólo el gobernador podía robar a los pueblos de su jurisdicción", con la connivencia de la Junta Provincial- , que debían venderlos a los indios a los precios que les dictaba la codicia de aquéllos, y se les cobraba en yerba por el equivalente de la mitad o la tercera parte de su valor real. Mariluz Urquijo, *op.cit.*, págs. 280, 309.

inferiores al 10 por ciento de todas las erogaciones de la tesorería colonial antes de 1776; después de la creación del Virreinato del Río de la Plata, las proporciones fueron aumentando: 10,5 en 1779, 37,8 en 1785 y 42,8 al año siguiente, hasta llegar al 63 por ciento en 1801, aunque hubo importantes disminuciones en algunos años intermedios.)

En las tierras supuestamente protegidas por los fortines y guardias fronterizos persistieron los bolsones insumisos y las zonas despobladas. En la Banda Oriental y en el Chaco, pero en otras partes también, la tardía experiencia colonizadora fracasó debido sobre todo a la escasez de inmigrantes, a los gastos que recaían sobre la Real Hacienda cada vez que había que dotar nuevas poblaciones de todos los pertrechos y el ganado necesarios, y a la influencia que ejercieron hombres como Félix de Azara.

Éste, transformado en gran especialista en cuestiones agrarias y de límites, daba prioridad a la creación de estancias y a la formación posterior de vínculos comunitarios y gregarios entre estancieros, y minimizaba la conveniencia de crear poblados en lugar de fortines. Esa opinión, basada en la preferencia que Azara siempre creyó que debía darse a la ganadería porque brindaba beneficios monetarios diez veces más grandes que los que se podían esperar de la agricultura, era compartida por los hacendados, que no deseaban que se crearan poblaciones en torno a fuertes o fortines, y despreciaban a los pequeños propietarios, sospechosos de parasitismo. También provenía de una considerable desconfianza en la calidad y espíritu de sacrificio de los pocos pobladores dispuestos a aceptar que se les transplantara lejos de los centros urbanos establecidos.

VI. Las islas Malvinas y la Patagonia

El archipiélago de Malvinas no suscitó ningún interés concreto por parte de España hasta el reinado de Felipe V. De esas islas se sabía muy poco; si se hace caso omiso de la hipótesis de que fueron descubiertas por Magallanes, que nadie pudo corroborar, tampoco tenía fundamento la versión de que quienes primero las vieron fueron los navegantes ingleses John Davis y Richard Hawkins entre 1592 y 1594, y el único dato seguro sigue siendo que las avistaron las expediciones holandesas de Sebald de Weert y Lemaire-Shouten en 1600 y 1616, respectivamente.

En cambio, los españoles, con Pedro Sarmiento de Gamboa al mando de una imponente armada, hicieron todo lo posible para ocupar y poblar la zona del estrecho de Magallanes, pero la infructuosa expedición de 1581 hizo que tuvieran que conformarse con intentar la defensa de las costas chilenas desde Valdivia.

Durante mucho tiempo, nadie se ocupó del reconocimiento de las Malvinas. Franceses, ingleses y holandeses siguieron navegando por el Atlántico sur, centrandó su atención en Tierra del Fuego y la costa patagónica y desde fines del siglo XVII encontraron la ruta del cabo de Hornos, que abrió el camino de sus barcos corsarios y mercantes hacia puertos chilenos y peruanos. Francis Drake se lanzó contra Valparaíso, La Serena, Arica y El Callao en 1579; la reacción española fue rápida y ese mismo año Pedro Sarmiento de Gamboa comenzó a reconocer el estrecho de Magallanes con la intención de crear bases defensivas (fundó a Nombre de Jesús y Rey Don Felipe en 1584), Esto no impidió nuevos ataques ingleses. Cavendish asaltó Valparaíso en 1587; Hawkins volvió a hacerlo en 1594. Sharp asoló las costas del Pacífico y tomó La Serena en 1680; seis años más tarde, Davis quiso repetir esa hazaña.

Hasta 1648 los holandeses emprendieron varias veces operaciones militares y mercantiles destinadas a conseguir bases sobre la costa del Pacífico y vender sus productos manufactureros (tejidos y artículos de mercería, cuchillería y cristalería, por ejemplo). Mahu y van Noort entraron por la fuerza en Valparaíso en 1598 y 1601; en 1615, van Spielbergen venció a una flota española frente a Cañete y desembarcó en Paita y otros puertos secundarios peruanos después del asalto frustrado de El Callao. Nueve años más tarde, una flotilla comandada por L'Hermite atacó Arica y asedió El Callao. Brouwer tuvo que abandonar al cabo de unos pocos meses la colonia holandesa que quiso asentar en Valdivia. Los españoles se vieron obligados a hacer grandes inversiones para mejorar las fortificaciones de El Callao, establecer las de Valdivia y aumentar su fuerza naval en el Pacífico²³.

La apertura de la ruta del cabo de Hornos iba a asestar un gran golpe a la tradicional vía del comercio transoceánico pasando por el istmo de Panamá y, además, despertó el apetito de los comerciantes de Chile y el Perú por un intercambio fructuoso con barcos extranjeros. Estaba visto que los progresos de la navegación demostraban la ineficacia de las políticas y medidas monopolistas.

Felipe V decidió encomendar a Francia, y por intermedio de ella a la Compañía Francesa de las Indias Orientales - sin duda a sabiendas de que ésta y los armadores de Saint-Maló tenían experiencia reciente de la navegación en el Mar del Sur, la misión de investigar prolijamente qué islas había en las aguas australes cercanas al continente. Por esa razón, entre 1706 y 1713 salieron sendas expediciones dirigidas por Rigaudière, Chabert, Porée, Doublet y Brignon, que en conjunto sólo contribuyeron al perfeccionamiento de la cartografía.

²³ John R. Fisher, *op. cit.*, págs. 85-88.

España no hizo nada para tomar posesión efectiva de las islas Malvinas. Tampoco hizo bastante para desbaratar los proyectos ingleses de que se hablaba entonces, como por ejemplo la resolución del Parlamento británico de favorecer el comercio con el Pacífico austral (aparentemente sugerida por un súbdito español, el marqués de Corpa, partidario del archiduque Carlos, que hasta propuso la conquista de Chile), la proposición del ex gobernador de las Bermudas, John Pullen, de que se establecieran bases en el río de la Plata y en Chile²⁴, y otra, también formulada en 1711, de «humillar a España» apoderándose de Buenos Aires.

En 1738, el incidente provocado en aguas mexicanas cuando un barco español detuvo a un navío mercante británico, a cuyo capitán, de apellido Jenkins, se le cortó una oreja y amenazó con la horca, precipitó grandes preparativos de guerra en Inglaterra y en las colonias españolas, que se extendieron a Europa cuando una vez declarado el conflicto los contrincantes tomaron sus partidos respectivos en la guerra por la Sucesión austriaca.

En la primera fase, los ingleses decidieron llevar a cabo dos campañas navales contra los dominios españoles en América: el almirante Vernon debía atacar grandes puertos del Caribe, aunque sólo pudo saquear a Portobelo y fracasó ante Cartagena, mientras que el comodoro Anson iba a lanzarse contra Buenos Aires y doblar luego el Cabo de Hornos para atacar las costas del Pacífico hasta el istmo de Panamá.

²⁴ Pullen, basándose sobre todo en las crónicas de Acarette du Biscay, había sostenido que el Río de la Plata era el lugar más propicio para establecer una colonia inglesa; véase Carlos Roberts: *Las invasiones inglesas del Río de la Plata (1806-1807)* (Buenos Aires, Emecé Editores, Colección Memoria Argentina, 2000), pág. 44. Ya en 1574, Richard Grenville había recomendado a Isabel I la fundación de asentamientos ingleses entre el río de la Plata y Chile, con objeto de que fueran a parar en Inglaterra los grandes tesoros de oro, plata y perlas que esperaba encontrar en América austral. Así recuerda Fisher, *op.cit.*, pág. 84, citando a P. T. Bradley: *The lure of Peru: Maritime intrusion into the South Sea, 1598-1701* (Londres, Macmillan, 1989).

En realidad, Anson pasó de largo frente a Buenos Aires sin que la flota española lograra interceptarlo y siguió su marcha hacia el Pacífico, donde saqueó a Paita y, una vez en aguas filipinas, se apoderó de un galeón español que rumbo hacia el puerto de Acapulco, llevándose un botín valuado en 500.000 libras esterlinas. A su regreso a Inglaterra, propuso a las autoridades inglesas la ocupación de las islas Pepys, bastante mentadas entonces pero cuya existencia nadie había podido comprobar, así como de las islas Malvinas y de puntos que no mencionó expresamente en Tierra del Fuego; adujo que convenía disponer en esa zona de bases para futuras acciones navales y de lugares de recalada para asegurar una mejor travesía del Cabo de Hornos, pues se había percatado de que la presencia de navíos ingleses que fondeaban en Río de Janeiro o en Santa Catalina era notificada inmediatamente a las autoridades españolas de Buenos Aires.

Por su parte, Vernon proclamó en 1741 la ventaja estratégica, desde el punto de vista de la expansión del comercio británico, de que su país interviniera a favor de la emancipación de las colonias españolas, pues convendría aliarse con ellas cuando fueran libres. Eran estos indicios precursores de una política inglesa más agresiva y no dejaron de alarmar a España y a Francia.

Después de la firma de la paz de Aquisgrán, José de Carvajal y Lancaster, ministro de Fernando VI, conocido por su actitud favorable a una relación pacífica y estable con Inglaterra, hizo gestiones ante los ingleses para averiguar sus verdaderas intenciones en relación con las propuestas de Anson y, en caso necesario, calmar los ánimos. Los diplomáticos ingleses le hicieron saber, tras una nueva expedición naval británica hacia el Atlántico meridional, que sólo deseaban proceder a exploraciones de carácter "científico" en los mares vecinos a las islas Malvinas y Pepys y que no tenían intención alguna de asentarse en esa zona.

Estas aseveraciones no satisficieron a Carvajal, quien sostuvo que le parecían inútiles tales exploraciones en vista de que los ingleses habían reconocido que no pretendían adquirir posesión alguna en América austral y de que, por lo tanto, no necesitaban fondeadores ni puertos propios. Por su parte, en ese momento los ingleses estaban más interesados en lograr la concertación de un tratado comercial con España, que se firmó en 1750. Conforme a ese tratado, Inglaterra cedió a España el goce del asiento de esclavos y del navío de permiso acordado a la Compañía de los Mares del Sur a cambio de una indemnización por valor de 100.000 libras esterlinas.

No hubo secuelas dignas de mención. El marqués de la Ensenada, que reemplazó a Carvajal, cayó bajo la influencia francesa, más determinada a contrariar la hegemonía británica, y aconsejó que se tomaran medidas para defender a América española contra invasiones y agresiones inglesas. Este punto de vista, coincidente con el del duque de Choiseul, tuvo un firme partidario en Carlos III apenas sucedió a su hermano Fernando VI en 1759, pues el nuevo rey quiso reforzar de inmediato la marina real para rescatar a las colonias del estado de indefensión y vulnerabilidad en que estaban.

La guerra de los Siete Años iniciada en 1761, así como el conflicto entre España y Francia con Portugal a partir del año siguiente, no tuvo consecuencias demasiado perjudiciales para los españoles, salvo en lo que respecta al enorme rescate exigido por los ingleses después del saqueo de Manila.

Poco después de firmarse el tratado de París (1763), el militar, científico y navegante francés Bougainville propuso al Gobierno de su país, inspirándose en las opiniones del comodoro Anson, el establecimiento de una base naval en América austral con objeto de facilitar el paso hacia las Indias Orientales y ampliar las perspectivas de una expansión del comercio francés; argumentó que desde un

puerto de escala seguro, también se podría ampliar la pesca de bacalao y la caza de lobos marinos y ballenas y, por ende, producir aceite para los molinos de azúcar. Obtenida la autorización necesaria, zarpó ese mismo año hacia el Atlántico sur y una vez que avistó las Malvinas, bordeó la isla Soledad, se internó por la más grande bahía occidental y fundó a Puerto Luis.

Al año siguiente, el comandante Byron, de la marina inglesa, exploró la Gran Malvinas con la intención de establecer un punto de recalada para navíos de guerra y de comercio en el lugar que, en homenaje al primer lord del Almirantazgo, denominó Puerto Egmont. Dijo en su relación del viaje, que fue de circunnavegación, que ese puerto «puede contener toda la armada real de Inglaterra, fondeada en él con la mayor seguridad», y añadió que el país adyacente tenía «todos los requisitos necesarios para un buen establecimiento», por lo que «si la Corona de Inglaterra se apoderaba de él, sería con el tiempo una colonia muy floreciente»²⁵. Tanto Byron como Bougainville, que ese mismo año hizo un segundo viaje a las Malvinas, decidieron que para tener árboles y plantas y disponer de madera de construcción, bastaba con procurarse plantones en el estrecho de Magallanes.

En 1766, el capitán MacBride, al mando de una escuadra británica bien pertrechada, procedió a la fundación de la base de Puerto Egmont. Al poco tiempo descubrió la existencia de Puerto Luis en la otra isla y reclamó su evacuación, aduciendo que las Malvinas eran inglesas por derecho de descubrimiento, como si realmente tuviera pruebas de que el hallazgo del archipiélago se debía a Davis, Hawkins o Byron.

²⁵ Comandante Byron: *Viage del comandante Byron al rededor del mundo*. Traducido del inglés e ilustrado con notas por don Casimiro de Ortega (Madrid, Almarabú, 1992; edición facsimilar de 1769), pág. 97.

La expedición de Bougainville provocó de inmediato la reacción de España que, aunque no quiso ver en ella un acto inamistoso por parte de su aliada, comprendió que era demasiado riesgoso dejar que se instalara en el mar austral una factoría capaz de dedicarse al contrabando con sus colonias. Se discutió entonces la necesidad de instalar bases españolas en Malvinas y diversos puntos de la costa patagónica, así como la urgencia de persuadir al duque de Choiseul de que Francia debía retirarse de Puerto Luis. Francia no puso grandes objeciones, pero Choiseul advirtió a los españoles que debían darse prisa en crear una base permanente en las Malvinas para que los ingleses no tuvieran título ni pretexto alguno para instalarse allí.

Por su parte, Bougainville se avino a entregar Puerto Luis contra el pago de una indemnización de 618.000 libras y fue él mismo quien puso esa base en manos españolas, transformada desde entonces en Puerto Soledad, bajo la dirección de la Capitanía General de Buenos Aires.

El caso de Puerto Egmont era más espinoso. Inglaterra insistió en ligar la solución de ese litigio al cobro de la parte impaga del rescate de Manila y propuso que ambas cuestiones fueran objeto de arbitraje; después optó por sugerir que esa deuda podría cancelarse contra la cesión de la orilla derecha del Misisipí, ocupada por los españoles entre 1767 y 1769.

Sin embargo, hubo otros asuntos que ocuparon la atención, como ser los incidentes producidos en la costa de Mosquitos y en la bahía de Honduras, de los que se quejaba Inglaterra, y la supuesta intención inglesa de destacar un escuadrón naval para proteger sus intereses en el golfo de México. España, por su parte, tuvo que prepararse contra posibles agresiones inglesas, haciendo los aprestos necesarios en Puerto Rico, Caracas, Cumaná, Portobelo y Buenos Aires, a la vez que enfrentaba a Portugal a raíz de la retención de Río Grande por Cevallos y la amenaza de invasión en la provincia de Mojos (1763-

1767). La expulsión de los jesuitas complicó también la situación, tanto en la península como en América.

Así pues, España tardó casi cuatro años en decidir y hacer ejecutar la orden de expulsar a los ingleses de las Malvinas; esa orden, dictada en 1768, recién se cumplió en 1770, una vez que el gobernador Bucarelli, muy dispuesto a acatarla, terminó los preparativos necesarios. La primera expedición española, al mando de Rubalcaba, se abstuvo de abrir fuego; la segunda, comandada por Juan Ignacio Madariaga y compuesta de cuatro fragatas, obligó a los ingleses a capitular en junio de 1770.

Esto no puso fin al litigio con Inglaterra sobre este asunto; las negociaciones al respecto se celebraron en forma conciliadora.

En 1771 los diplomáticos españoles pretextaron que Bucarelli había procedido sin instrucciones, razón por la cual Carlos III deseaba restituir Puerto Egmont a los ingleses, sin renunciar por ello a la soberanía española sobre las Malvinas. Hicieron una declaración formal sobre estos puntos, que los ingleses aceptaron en todo lo referente a ese puerto, sin hacer valer ningún derecho o pretensión respecto del archipiélago. En septiembre, reocuparon Puerto Egmont; quedó allí una pequeñísima guarnición inglesa que fue reduciéndose en los tres años siguientes, hasta que en mayo de 1774 el jefe del destacamento procedió a la evacuación definitiva, aparentemente en ejecución de una cláusula secreta convenida durante las negociaciones de 1771.

Las colonias inglesas de América del Norte se rebelaron en 1776. Francia les ofreció su concurso contra Inglaterra en 1778 y al año siguiente España también decidió intervenir a su favor. No hubo invasión de Inglaterra, ni se pudo tomar a Gibraltar, como proyectaron los aliados, pero España recobró la Florida al término de las negociaciones de paz en 1783. Pero cuatro años antes, cuando apoyaban a los rebeldes norteamericanos en su guerra por la

independencia, los españoles decidieron destruir las instalaciones de Puerto Egmont y sólo quedó la base de Puerto Soledad.

Hubo entonces un período de calma relativa en el Atlántico sur, acaso porque la proyectada colonización de Australia por los ingleses desvió algo la atención hacia esa zona, puesto que aquéllas también eran tierras reclamadas por los españoles y las especulaciones británicas en torno a sus posibilidades militares no fueron menos inquietantes que en el caso de las islas Malvinas.

En efecto, por lo menos tres marinos ingleses con conocimiento de la zona argumentaron durante el decenio de 1780 que la nueva colonia de Botany Bay o Puerto Jackson en Nueva Gales del Sur podía asegurar al Reino Unido un papel dominante en el Pacífico: desde ahí se podría atacar a los holandeses de Java y otros lugares de las Indias Orientales, interceptar los navíos españoles que sacaban preciosos caudales de Manila, invadir las costas de Hispanoamérica o dar ánimo y apoyo a los habitantes de Chile y el Perú si estos deseasen contar con armas, municiones y tropas para sacudir el yugo español²⁶.

Pese a su preocupación por la suerte de la costa oriental americana, España había hecho poco para asegurar su presencia efectiva en la Patagona. Entre 1745 y 1778 las acciones más destacadas consistieron apenas en reconocimientos y exploraciones. Los padres jesuitas Quiroga, Strobel y Cardiel iniciaron la tendencia en los primeros años de ese período y el último nombrado dejó mapas y un diario, menos divulgados que la obra de Thomas Falkner, que después de actuar como médico del asiento negrero en Buenos Aires, ingresó en la Compañía de Jesús y tras su regreso a Inglaterra publicó en 1774

²⁶ Juan Pimentel Igea: "La frontera austral. La monarquía hispana y la fundación de Nueva Gales del Sur (1788)", en *Estudios (viejos y nuevos) sobre la frontera, op. cit.*, págs. 414-415.

bajo el título de *A description of Patagonia and adjoining parts of South America*, que los ingleses conocieron antes que los españoles.

Desde 1751, Domingo Basavilbaso hizo varios viajes a San Julián, pero el principal acicate en favor de un poblamiento vino del embajador español en Francia, quien a partir de 1764 recomendó la fundación de asentamientos en Bahía Sin Fondo, San Julián y Puerto Deseado. En la época crítica de las primeras ocupaciones de Malvinas por franceses e ingleses se produjeron las expediciones navales de reconocimiento al mando de Pando, Perlier, y Gil y Lemos. Las costas patagónicas, como las de Tierra del Fuego, siguieron atrayendo buques balleneros y navíos mercantes y de guerra. Recién en 1778 se dictó la real orden de crear «un formal establecimiento y población» en San Julián, completada meses después por un proyecto de colonización en Bahía Sin Fondo y «otros parajes que en lo sucesivo sean adaptables y se determinen».

Así se crearon los siguientes centros: San Julián y Puerto Deseado (en lo que es hoy la provincia de Santa Cruz); San José, en la península de Valdez, y Nuestra Señora del Carmen (ahora llamada Carmen de Patagones) y San Javier (en la provincia de Río Negro). Con la excepción de Carmen de Patagones y San José, el virrey Vértiz resolvió en 1783 el abandono de los demás intentos de colonización en la Patagonia, a raíz de los gastos que ocasionaban y las dificultades que habían surgido a causa de enfermedades, descontento de los colonos y conflictos entre autoridades militares y civiles²⁷.

²⁷ Carlos María Gorla: *Los establecimientos españoles en la Patagonia: Estudio institucional* (Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos, 1984), págs. 10-21 y 79.

ANEXO

Extracto de la relación cronológica de las expediciones y emprendimientos llevados a cabo por navegantes, exploradores, expedicionarios, conquistadores, corsarios y filibusteros, publicada en un sitio Web del Museo del Fin del Mundo

<http://tierradelfuego.org.ar/museo/exploradores.htm>

Años	Campañas
1501	Américo Vespucio llega hasta los 50° de Latitud Sur, a la altura de Puerto San Julián, en la Patagonia Argentina.
1520	Hernando de Magallanes descubre en 1520 el estrecho, paso del Atlántico al Mar del Sur, que llamó Pacífico. Los relatos hechos por Pigafetta hablan de fuegos y humos misteriosos, pero no vieron ningún ser humano. Según Magallanes el estrecho ya estaba presente en el mapa de Martín Behaim. En 1515 ya se decía que marineros portugueses habían descubierto el paso hacia el Pacífico.
1525 - 1526	García Jofré de Loyosa, Francisco de Hoces. Siete navíos españoles, tripulados por 450 hombres, salieron a imitar el derrotero magallánico : recordémonos del tratado de Tordesillas que compartía el mundo entre España y Portugal. Una tormenta dispersó las naves, de las cuales una (la de Francisco de Hoces) hubiera llegado hacia el "acabamiento de la tierra" que debía ser la isla de los Estados. También notaron fuegos en la costa.
1532	Hurtado et Grijalda.
1534 - 1535	Simón de Alcazaba. Presunto descubridor de las islas Malvinas. Se presumía que las Islas eran la extremidad del continente americano.
1535 - 1536	Diego de Almagro emprendió una expedición para buscar las ciudades cubiertas de oro mencionadas en las leyendas de El Dorado. Atravesó la Cordillera de las Andes, se encontró con los indios Mapuchess, con los cuales combatió, lo que le hizo volver a Perú, con el mensaje que no había oro en el Sur, pero sí indios belicosos.
1540	Francisco de Camargo (expedición del obispo de Plasencia). Una de las embarcaciones de la flota inverna seis meses en el canal Beagle. Dijeron no haber visto a ninguno nativo. Presunto redescubrimiento de las Malvinas.
1541 - 1553	El capitán Pedro de Valdivia se atrevió a emprender la conquista del territorio recorrido por Diego de Almagro. Saliendo de Cuzco (Perú), él y sus 150 soldados fundaron la

	<p>cuidad de Santiago del Nuevo Extremo. Allí se establecieron, sembrando trigo, resistiendo a los frecuentes asaltos de los indios Mapuches.</p> <p>En la primavera de 1549, se dirigió al sur, dónde vivían los indios Araucanos. Fundaron las 'ciudades' de La Serena, Concepción, La Imperial, Valdivia, Angol, y fuertes: Tucapel, Arauco, Purén. En 1553, Pedro de Valdivia cayó muerto en combate.</p> <p>Esas hazañas fueron narradas en el poema épico <i>La Araucana</i> por Alonso de Ercilla y Zúñiga, qui participera en 1557 à d'autres guerres araucanes (obra publicada en Salamanca, en tres partes, la primera en 1569, la segunda en 1578 y, más tarde, en 1589, la tercera. El poema completo, con sus Tres Partes, se publicó en Madrid, por primera vez, en 1590).</p>
1553 - 1554	<p>F. de Ulloa: una de las primeras expediciones de exploración. Su relato habla de los indios Chonos.</p>
1557	<p>Francisco de Villagra, sale de Valdivia (Chile), cruza la cordillera y reconoce lugares hacia el sur.</p>
1557 - 1558	<p>Juan Ladrillero y Francisco Cortés Ojeda, saliendo de Valdivia el 17 de noviembre, dispuesta por el segundo gobernador de Chile, Don García Hurtado de Mendoza, con objetivo reconocer el acceso a Chile por el sur. Encontraron a indios Chonos, de los cuales dejaron una de las muy pocas descripciones de sus costumbres y modo de vida. Uno de los primeros intentos serios de descripción de las poblaciones del Estrecho: <i>"Indios barbados. La gente de esta bahía es bien dispuesta y de buen arte... Traen unos dardiles mal hechos y dagas de hueso de ballena... andan en canoas de cáscaras de árboles... comen carne de lobos marinos, cruda, y mariscos. No tienen vasijas ni ollas. No conocen la sal"</i>.</p> <p>Después del reconocimiento del estrecho y toma de posesión en nombre del rey de España, vuelve a Chile.</p>
1577 - 1578	<p>Francis Drake, el famoso corsario ingles partió de Plymouth el 13 de diciembre de 1577 al mando de cinco navíos, toca costa en Patagonia dónde hubiera combatido con indios, cruza el estrecho (en solo 17 días); ha visto 'una isla' mientras derivaba hacia el sur (el cabo de Hornos ? la Antártida ?).</p>
1579 - 1583	<p>Pedro Sarmiento de Gamboa, saliendo de Callao el 11 de octubre de 1579, con dos navíos, armados por el virrey de Perú, Don Francisco de Toledo. Reconoció toda la parte occidental del estrecho de Magallanes, y fue el primero en tratar de poblar al extremo sur. Encontró indios de los canales del lado pacifico y en el estrecho de Magallanes. Su relación es la "expresión del descubrimiento intelectual" de la zona. Uno de los objetivos era de contrarrestar las ambiciones de Drake que navegaba por esos lugares, y de asegurarse del estrecho, paso a Perú. De ese viaje, Pedro Sarmiento de Gamboa escribió su libro <u>"Derrotero al Estrecho de Magallanes"</u></p>
1586 - 1587	<p>Thomas Cavendish, corsario inglés, estimulado por la fama y las riquezas obtenidas por Drake, zarpó de Plymouth el 21 de julio de 1586, con tres navíos. A él se debe el nombre del</p>

	<p><i>Puerto Deseado</i>, por el nombre de uno de sus navíos, el <i>Desire</i>. Al ver grandes fogatas, por la colonia Nombre de Jesús, fundada por Sarmiento de Gamboa, fue a encontrar los 18 supervivientes, pero se les negó socorro y siguió su viaje por el estrecho.</p> <p>El contexto era entonces el del bloqueo comercial impuesto por los españoles en tierras americanas, el cual los ingleses deseaban romper.</p>
1591 - 1592	Segundo viaje de Thomas Cavendish , con John Davis , el cual descubrió las ' <i>islas meridionales de Davis</i> ' (Malvinas), el 14 de agosto de 1592.
1599 - 1599	Jacob de Mahu / Simon de Cordes . Zarpó de Rotterdam en 1598 con una flota de cinco botes (Fe, Esperanza, Amor, Fidelidad, Evangelio). Invernaron en el estrecho de Magallanes. Sebald de Weert , holandés, en la nave <i>Gelooft</i> (Fe) hizo el primer descubrimiento 'documentado' de las Malvinas, llamadas entonces islas <i>Sebaldinas</i> .
1599 - 1600	Oliver van Noort , holandés, enviado por la Compañía Magallánica, zarpó del puerto de Goerce el 13 de setiembre de 1599. Reabastecieron en Puerto Deseado, y cruzaron el estrecho de Magallanes con destino a las Filipinas y circunnavegación. Se trata de la cuarta circunnavegación de la tierra.
1614 - 1617	George de Spilbergen (Spilberg) , alemán al servicio de Holanda, de la "Compañía Única de Indias Orientales", saliendo en agosto de 1614 del puerto de Texel con una flota de seis navíos, a destino de las Molucas. Cruzó el estrecho de Magallanes para atacar los españoles en Chile.
1615 - 1616	Willem Shouten y Jacques Le Maire . Salen con dos naves de Ámsterdam con el objetivo secreto de reconocer la <i>Terra Australis</i> y de descubrir otro paso para las Indias Orientales distinto del estrecho de Magallanes.. Avistaron a Tierra del Fuego el 23 de enero de 1616, reconocieron y nombraron - entre otros- el estrecho de Le Maire, la isla de los Estados, el cabo de Hornos, el 29 de enero de 1616 (Schouten era natural de la ciudad de Hoorn).
1618 - 1619	Bartolomé y Gonzalo García del Nodal (los hermanos Nodales), gallegos. Salieron de Lisboa el 27 de setiembre de 1618, en una expedición en reacción a las de los holandeses Shouten y Le Maire. Nombraron a la bahía San Sebastián, la bahía Buen Suceso, ... Doblan el cabo de Hornos el 6 de febrero de 1619, descubren las islas Diego Ramirez, circunnavegan la Tierra del Fuego (11 de marzo de 1619). Parece que fueron los primeros en tomar contacto con los nativos de la zona, en bahía Buen Suceso. Volvieron a Europa después de 10 meses de navegación, sin haber perdido ni un solo hombre.
1623 - 1634	Jacques L'Hermite , holandés. Nombró la bahía Nassau. Llevó a cabo importantes trabajos hidrográficos en las costas australes de la Tierra del Fuego y archipiélagos cercanos, recogiendo también muchas e importantes noticias sobre las costumbres de aquellos indios.

1642	Henry Brouwer , holandés. El primero a circunnavegar la isla de los Estados y a doblar el cabo de Hornos de Oeste a Este.
1670	Sir John Narborough , inglés. Penetró en el estrecho el 22 de octubre de 1670. Además de una descripción muy precisa de aquella región y de sus indios, él y su teniente Pecket dejaron un mapa mucho mas preciso que los existentes, el cual será utilizado por los demás navegantes.
1683 - 1684	Ambrose Cowley , inglés. En su viaje de circunnavegación, a bordo del <i>Batchelor's Delight</i> , forjó la imaginativa existencia de las islas Pepys -supuestamente las Malvinas- las cuales buscaron navegantes durante siglo y medio.
1685	El filibustero Swan , también procediendo del estrecho de Magallanes, realizó varias expediciones, de las cuales: el 8 de enero de 1685, entre la isla Gallo y la isla Gorgona, una nave de 90 toneladas, cargado con harina, procedente de Trujillo y viajando a Panamá. Juntándose con Cook e Eaton, los piratas trataron de tomar Guayaquil, pero renunciaron al perder su guía indio.
1686 - 1719	En 1686, filibusteros -ingleses y franceses- provenientes de Santo Domingo viajaron por el canal de Magallanes hacia Chile y Perú. Uno de esos, al volver a Francia, convenció a otros marineros malvinos (de Saint Malo) de viajar por esa zona a fines de comercio. Será entonces la gran época malvina, que les permitió un enriquecimiento enorme, a pesar de que los españoles prohibían cualquier actividad comercial en sus posesiones a los extranjeros. Esa época terminó por el año 1719, unos años después del tratado de Utrecht entre españoles y franceses. Otros filibusteros de Santo Domingo viajaron por el canal de Magallanes a Chile y Perú, donde saquearon naves, y terminaron en naufragar en el estrecho de Magallanes.
1695 - 1696	Una escuadra de seis naves, comandadas por de Gennes , recorren el estrecho de Magallanes y los mares del sur. Habían partido del puerto de La Rochelle.
1698 - 1701	Tres naves, bajo el mando de Gouin de Beauchêne salen de La Rochelle. Recorren la zona del estrecho de Magallanes y las costas de Tierra del Fuego.
1690	John Strong , inglés. Navega la zona de las Islas Malvinas, bautiza un canal con el nombre de 'Falkland'.
1696	Guillaume Dumper circunnavega el Cabo de Hornos.
1701	Beauchêne , frances, de Saint Malo. Descubre la isla de su nombre, viaje a las malvinas.
1701 - 1703	El <i>Comte de la Bédoyère</i> mandado por Perrée du Coudray , sieur de la Villestreux, y el <i>Résident de Grénédan</i> , mandado por el señor Jean de Launay... desde el puerto de Saint Malo.
1703	Misión fundada en Patagonia por el padre Nicolas Mascardi en Patagonia para los indios Puelches.
1703 - 1705	El <i>Saint Charles</i> , bajo mando de Perrée Du Coudray , salió del puerto de Saint-Malo junto con el <i>Murinet</i> , bajo el mando del

	señor de la Fontaine Fouquet. El objetivo declarado era de ir a comerciar con China. Pero en realidad, para el armador Danycan, sólo se trataba de volver a Chile y Perú.
1703 - 1705	El <i>Saint-Pierre</i> , de Saint-Malo, capitán Eon de Carman . Después de cuatro meses invernando en el estrecho de Magallanes, se junta con el <i>Saint Charles</i> de Du Coudray Perrée en Concepción.
1704 - 1705	El <i>Marinet</i> , saliendo de Saint-Malo el 26 de diciembre de 1704, con el padre jesuita Nyel a bordo, cuya relación será parte de la obra "Letras Edificantes de misionarios jesuíticos". No iba a ver ningún indio del lugar. Su relato muestra que conocía muy bien los detalles de los viajes anteriores.
1706	El holandés Pieter van der Aa recorre el estrecho de Magallanes con rumbo a Perú.
1706	La <i>Aurore</i> , al mando del señor de la Rigaudière , con destino a Perú, con el agrado del rey de España, Felipe V.
1707 - 1709	El <i>Aimable</i> y el <i>Oriflamme</i> , bajo mando del coronel frances Chabert , cruzan el estrecho de Magallanes, con destino a Perú, con la misión de informarse sobre una eventual insurrección de esas colonias.
1707	El 12 de octubre de 1707, Ducasse sale de Brest con 9 naves hacia Chile y Perú, encargado de la escolta de las naves españolas para su vuelta a España.
1708 - 1709	La nave corsaria inglesa <i>Duke</i> , mandada por Wood Rogers , con Cook y el mismo Dampier de piloto. Ataques de bote y de puertos por las costas peruanas/chilenas: e.g. También salvaron al marinero Selkirk ' <i>Robinson Crusoe</i> ' después de sus cuatro años de soledad en la isla Juan Fernández.
1711	Woods Rogers , corsario ingles.
1712 - 1714	Amédée Louis Frézier , recorriendo las Malvinas, el Magallanes y las costas de Chile hacía Perú. Publica su relato del viaje, con mapa, en París, en 1716.
1713	Louis Feuillée , francés, fraile, matematico y botanisto, el primero en pensar en evangelizar a los nativos. Hizo una mapa de América del Sur en 1714. Escribio su relato del viaje en el mar del Sur, París, 1716.
1716	El <i>Saint-François</i> , de Saint-Malo, armador el señor Beauvais le Fer , repite la misión de hacer que volvieran los naves franceses.
1717	La <i>Bellone</i> , nave del rey de Francia, para juntarse con la escuadra española.
1716 - 1717	Para poner orden en esa zona, una escuadra de naves de guerra españolas, bajo el mando del francés, el señor Martinet , sale con la misión de traer de vuelta a España, a todas las naves franceses que pudiera encontrar.
1719 - 1720	George Shelvocke and John Clipperton , corsarios ingleses, en una circunnavegación.
1721	Roggeven, Narborough, Strong , ingleses.
173?	De Clas , francés. Se supone que estuvo una docena de días en la boca del Río Grande.

173?	Josselin Gardin , francés. Dobló el cabo de Hornos, y dijo haber visto a un volcán en actividad.
1740 - 1741	<p>George Anson y José Pizarro: Inglaterra y España, por culpa del malo clima de la región, no lograron que a trasladar al extremo sur el campo de sus operaciones de guerra marítimas (se habían declarado la guerra en octubre de 1739).</p> <p>George Anson salió de Portsmouth, Inglaterra el 18 de setiembre de 1740, con seis naves, 1510 hombres y 236 cañones, mientras José Pizarro salió de España con cinco naves, 2870 hombres y 308 cañones. Entre pérdidas de botes y naufragios, no lograron encontrarse ni enfrentarse. Uno de los botes de Anson, el Wager, con Byron a bordo, se naufragó en las islas Guayenecos, del lado del Pacífico, y ayudados por los indios Chonos, se rescataron logrando a llegar a Chile.</p> <p><i>(Campbell, Alexander : 'The sequel to Bulkeley and Cummins's voyage to the South-Seas: or, the Adventures of Capt. Cheap, the Hon. Mr. Byron, Lieut. Hamilton, Alexander Campbell, and others, late of H.M.S. the Wager, which was wreck'd on a desolate island in Latin 47. S. Long. 81. 40. W. in the South-Seas, anno 1741', London, 1747)</i></p> <p>Luego, Anson se fue a reconocer la isla Juan Fernandez, bien conocida porque allí Wood Rogers libertó al marinero Selkirk, alias Robinson Crusoe.</p>
1767	José Joaquim de Ostolaza . Naufragó su nave "La Purísima Concepción" el 10 de enero de 1767, en la Caleta Falsa o Arredondo, donde se encontraron con indios (supuestamente Haush). Lograron a construir otro bote y navegar de vuelta a La Plata.
1763 - 1764	Alexandre Duclos-Guyot , francés, viajó a las Malvinas y al estrecho de Magallanes.
1763 - 1764	Louis Antoine de Bougainville , primer viaje del famoso capitán francés. Toma posesión de las islas Malvinas (primera colonia allí el 3 de febrero de 1764), islas que Francia cede a España en 1767.
1764 - 1765	Louis Antoine de Bougainville , segundo viaje, con provisiones y nuevos colonos para las Malvinas. Se dirigió al Estrecho de Magallanes en busca de madera de construcción. Durante su permanencia allí hicieron importantes observaciones meteorológicas e hidrográficas, y estudios etnográficos.
1764 - 1765	<p>Comodore Byron, almirante inglés, al mando de los navios <i>Tamar</i> y <i>Dolphin</i>. Byron había sido parte del equipaje del bote de la expedición Anson que había naufragado en las costas de Chile en 1741. Tuvo bastante encuentros con los indios Tehuelchess, por el cabo Vírgenes, Selk'nam recorriendo el estrecho, y indios Yamana por el cabo Upright. El también inicia una colonia en las Malvinas, un año después de Bougainville (en puerto Egmont).</p> <p>Al visitar la Tierra del Fuego a lo largo del Estrecho, dice: "<i>La tierra estaba cubierta de flores, que en nada desmerecían de las que comúnmente cultivamos en nuestros jardines, ni por su variedad, ni por la magnificencia de sus colores, ni por el aroma</i></p>

	<p><i>que despedían. No puedo a menos de creer que, si no fuera por el excesivo rigor de los inviernos, sería esta región, por sus cultivos, una de las más hermosas del globo".</i></p>
1766 - 1767	<p>Wallis y Carteret, ingleses. Transportaron árboles de la costa fueguina a las Malvinas, para plantarlas. También se encontró con Tehuelchess por el cabo Vírgenes, quienes piensa que ya les había visto Byron, y también Selk'nam y indios canoeros. Volvieron con muy mala impresión de la zona. Dejaron un nuevo mapa del estrecho.</p>
1766 - 1767	<p>El padre José García : de una expedición (?), escribió : <i>'Diario del viaje i navegación hechos por el padre José García de la Compañía de Jesús desde su misión de Cailin, hacia el sur en los años 1766 y 1767'</i> Santiago, 1871 y 1889. Ha encontrado a indios Chonos, sobre les cuales hizo una de las pocas descripciones.</p>
1766 - 1768	<p>Louis Antoine de Bougainville, tercero viaje. Entrega formalmente las islas Malvinas a los españoles. Despues, encontró indios Tehuelchess por el cabo de las Vírgenes, unos de los cuales conocían unas palabras del español, vió Selk'nam al pasar por el estrecho de Magallanes, y encontró Alakalufes al navegar hacia el cabo de Hornos. Uno de los primeros relatos hablando con detalles de esos indios.</p>
1768	<p>Manuel Pando. En un segundo proyecto de colonización, y como resultado del naufragio de la 'La Purísima Concepción'en 1765, el bergantín 'San Francisco de Paula', al mando de Manuel Pando, zarpó de Montevideo. Llegaron a la bahía San Sebastián donde tuvieron encuentros con los indios.</p>
1768 - 1771	<p>James Cook, el primer viaje del famoso inglés. El objetivo de este viaje era científico: lo mandaban la Sociedad Real de Londres, la cual querría que sus científicos puedan observar el paso de la planeta Venus sobre el disco solar, para obtener la distancia exacta de la tierra a ese astro; cuyo fenómeno solo podía ser observado desde una de las islas del Mar del Sur. Por su primero viaje, empieza por una estadía en el canal de Beagle. Hombres suyos bajan a tierra donde se quedan una noche, fatal para dos marineros, por culpa del clima. Tuvo unas palabras para decir que por lo más miserables que parecían esos indios, ellos si podían vivir en esas zonas. Acompañado por científicos, hicieron muchas observaciones geográficas y naturalistas. Encontró indios al este de la isla (seguramente Haush). Dobló el cabo de Hornos y navego por el Pacifico. Regresa a Dover el 11 de junio de 1771.</p>
1772 - 1775	<p>James Cook, segundo viaje. Con el objetivo de descubrir un continente austral, se decidió un segundo viaje, con la <i>Résolution</i> (462 toneladas y 112 tripulantes) y la <i>Adventure</i> (360 toneladas y 82 tripulantes). Furneaux, que había sido el teniente de Wallis, tuvo el mando de la <i>Adventure</i>. Cook llevo</p>

	<p>dos naturalistas y dos astrónomos. Salieron de Plymouth el 13 de julio de 1772. Descubrió las islas de Georgias y las Orcadas del sur. Exploración del sur de la Tierra del Fuego, donde se encuentra con indios yamanas, y de la isla de los Estados. Vuelta en Portsmouth el 30 de julio de 1775. Dice al pasar el cabo de Hornos: <i>"No hay en la naturaleza otro sitio que presente más salvajes y horripilantes visiones"</i>. Aquí puede leer en francés un extracto del segundo viaje de Cook</p>
1775	<p>El tercer viaje de James Cook, saliendo de Plymouth, y del cual no iba a regresar.</p>
1780	<p>Antonio Viedma, verdadero pionero patagónico, funda la primera colonia de Patagonia, en San Julian. Se encuentra con indios Tehuelches, con ellos reconoce el río Santa Cruz y la futura provincia.</p>
1785 - 1786	<p>La Pérouse, El 21 de enero de 1786, reconoce y aborda Patagonia y Tierra del Fuego, donde ve numerosas ballenas, luego pasa el cabo de Hornos (había salido de Brest, Francia, el 1° de agosto de 1785, para una gira alrededor del mundo con los naves <i>La Boussole</i> et <i>L'Astrolabe</i>).</p>
1785 - 1786	<p>D. Antonio de Córdoba, por deseo del rey Carlos III de España de perfeccionar el conocimiento del Estrecho de Magallanes. Zarpó de Cadiz la Santa Maria de la Cabeza el 9 de octubre de 1785. José de Vargas y Once, publicó en Madrid en 1788: <i>"Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata de S.M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786"</i>.</p>
1788 - 1789	<p>D. Antonio de Córdoba y Fernando Miera, segundo viaje, para proseguir el estudio. Partieron de Cadiz en octubre de 1788 con los naves <i>Santa Casilda</i> y <i>Santa Eulalia</i>. Los dos tenientes Cosme de Churruca y Ciriaco de Cevallos hicieron muy minuciosa y fiel narración de la naturaleza, de los peligros y de los indios que encontraron al hacer el reconocimiento del estrecho hasta el cabo de Pilar.</p>
1789 - 1794	<p>Alejandro Malaspina, marqués italiano al servicio del gobierno español. Con dos corbetas, la <i>Atrevida</i> y la <i>Descubierta</i>, recorrió la bahía San Sebastián, la bahía Buen Suceso, la isla de los Estados, las Malvinas. Siguió su viaje hacia el Norte, a lo largo de las costas de Chile, Perú, llegando hasta Alaska. Llegó a Cadiz el 21 de setiembre de 1794, después de haber dado la vuelta al mundo. Su diario de navegación solo fue publicado casi un siglo después.</p>
1791	<p>Juan José de Elizalde. Mandado desde Buenos Aires, recorrió con fin al relevamiento todas las costas orientales de de la isla grande (zona atlántica) y el canal Beagle. Entraron el 3 de enero en Puerto Deseado, donde había por entonces un establecimiento español dedicado a la pesca. Nombraron a muchos lugares: Cabo San Pablo, caleta Policarpo... En el regreso, recorrieron la isla de los Estados y las Malvinas.</p>
1805	<p>D. Justo de Molina, viaje de exploración a Patagonia.</p>

1806	Luis de la Cruz , viaje de exploración a Patagonia.
------	--